



POESÍA

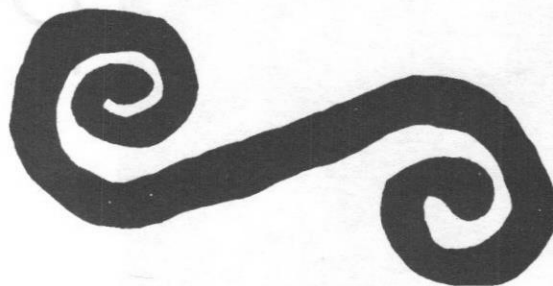
ISBN 978-95-03-00000-0

De mañana

JUAN FELIPE ROBLEDO

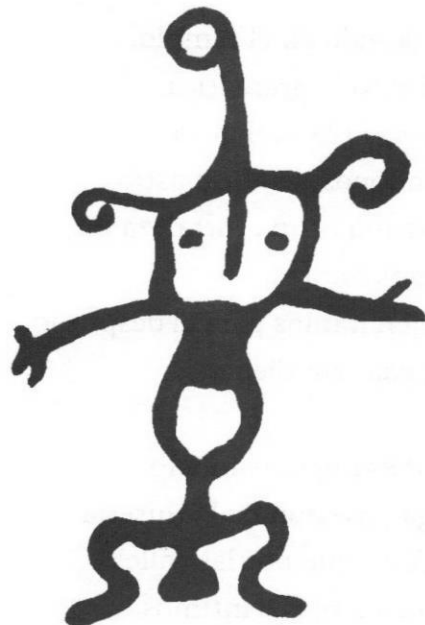
(Medellín, 1968). Estudió literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá, en la cual es profesor desde 1993. Ha publicado poemas en un volumen colectivo, *La isla era el tesoro* (Magisterio, 1999), así como antologías de la obra de Francisco de Quevedo, Luis de Góngora, Juan de la Cruz, y del Romancero español, con Editorial Norma.

Ganó el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 1999, otorgado por el Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, en México, con el libro *De mañana*, del cual incluimos una muestra.



Nos debemos al alba

Traicionar las palabras,
canjear su peso, su color,
en el sucio mercado de los días
es acto que nos llena de muerte
y ceniza y vago afán.
Ha de ser castigado
con el hierro, la soledad,
el tedio y la miseria.
Nos debemos al alba,
plateros, a la dicha,
y al canto y al remo
y al ensueño trazado en la garganta
y a mañanas sin prisa
en las orillas de un mar que ya no es.
Porque al final todo es olvido
para el que al tráfago su sangre dona,
a la parla chi suona
y a conversaciones con tontos
y mercachifles,
y comete delitos en descampado
con las pequeñas,
las terribles y mansas
y arteras palabras.

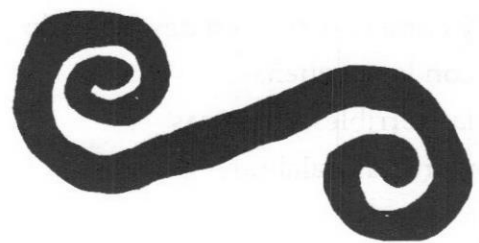


Esperando el reino

Si todo ha de desaparecer
en el extenderse del renunciamento
y el crepúsculo es nuestro aliado y habitual de siempre
no debe extrañar la congoja que nos habita,
la lentitud de nuestros actos,
el plano y seco espíritu que distingue a los apáticos.
Soñábamos con un mundo pleno de astrolabios
y de moras y de pechos explotando
mas nos aguarda el desierto que no cesa.

No llorando en el templo,
olvidando la gramática,
anhelando la violencia,
llenándonos de alto hastío,
construimos una fortaleza
y somos fuertes;
nos ejercitamos para el desprecio,
abutardas sin dicha.

Gemir es nuestro anhelo
y vaga posesión de la miseria
nos distingue por las calles
y somos tercos e íntimos
cuando ya es imposible lo que cambia.



El habla

Luchamos por hacer brotar del oscuro silencio
un momento distinto
en el que los árboles nos recuerden el hogar
y en paz estemos con los hombres.
Nos atrevemos a este himno,
sabiendo que en el alado mañana
hay una sonrisa que nos espera
y una confesión que brilla entre los nombres
y también en los verbos.
Aguardamos concluir el canto que jamás termina
para no tener que cruzar el Leteo
y saber que, en albo tiempo,
luego de las tardes,
habrá sosegada dicha y abrazos y amor comentado.



Un himno azul para el espanto

Oyes el himno azul espanto en esa voz, de días en los cuales nada tenía nombre.
Es el recuerdo de una esperanza muerta, encenagada, una ofrenda grata al dios de la
renuncia.

Hay dureza en sus ojos, y los días no quieren, sin embargo, olvidarlo.
Es el señor inmisericorde de tus horas turbias, al que has ofrendado tanto sol y luceros
para la dicha.

Está su mano en lo alto, blande una esponja con la que te baña como a un niño sucio,
y recuerdas las horas del lento desangre, los pitos arreciando en la autopista
y tu cama condenada a esa soledad de bote que se aleja de la nao capitana sin consuelo.

Hay montones de afiches de muchachas que nunca conocerás, de manos que no
estrecharás, lenta esperma que no quiere fecundar.

Es el corazón una caja hueca, sin temblor, un músculo distendido, flácido.

Y es vergonzoso reconocer que la fuerza no va a venir de algún sitio hermético, un
oscuro tabernáculo en el cual se reúnen sabios a medir tu valor, pues
permanecerás allí,
con la cara entre las manos, esperando un nuevo principio sin abriles.

Es triste esta marca de fin de siglo en los ijares, este himno que no se atreve a cantar de
una vez su orgullo.

Un poema para no olvidar el árbol de caucho

Las hormigas que conocen bien la sombra
no tienen ningún motivo de vergüenza,
no hay sitio que no conozcan
ni dicha que no las llene en las mañanas frescas de la costa.

Los mangos que reposan en los senderos recorridos por su impudicia
son hoy ruinas de castillos, lejanos bastiones para dejar de lado y no lanzarse a
conquistar.

Los cruzados jamás vendrían a esta tierra, los corceles no piafaron en ella bajo largos
mediodías.

Son sus rutas poblados conciertos que cantan la espesura, tiempo callado que no dice
vaguedades o intensifica los acentos que viven sobre sus cabezas.

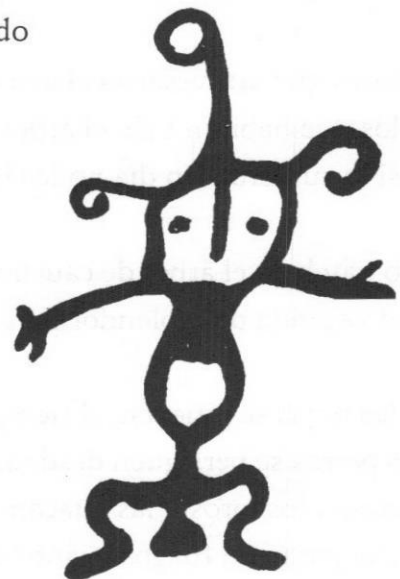
Dioses que atravesaron el océano viven en esta tierra desde hace varios siglos
y los que habitan bajo el árbol no se han enterado
o si lo supieron un día no les importó.

No hay bajo el árbol de caucho plegarias, no hay consuelo,
todo es vida de esplendor para el olvido.

Y las hojas se mueven, el tiempo es eterno en los bordes,
los perros se persiguen desde siempre entre la arena,
festejan los loros y las guacamayas en el cielo delgado que abraza al árbol,
el día pasa con fuegos lejanos y la piedra canta para sí.

A papá

¿Qué se puede esperar de un tiempo en el que se ha olvidado el elemental valor de la cortesía? Aún el odio más furibundo puede purificarse merced a la amorosa intervención de un rotundo gesto; el temible nivelador, aquel que justifica la vulgaridad y el acre sabor en la boca es el peor regalo que se nos ha hecho. Esa brutalidad ficticia que distingue a toda una generación es vergonzosa: ¿para qué seguir peleándose por migajas si lo que realmente importa sigue oculto en medio del paseo público? Las distintas respuestas del valor y la comprensión, la historia o el término funesto, ya no están cercanas a la entraña. Somos hombres cuando conseguimos labrar en nuestro corazón un altar a la inane imagen que no mejora el mundo mas lo hace hogar del misterio, y con tantas reticencias y paso cansado, el juicio empieza a errar por los pasadizos de la estolidez. ¿Qué podemos hacer con nuestra fe en el batallar si no sabemos ya hilar algodón y no conocemos las palabras con las cuales se invoca a una ondina? Incompletud y confusión, bochornoso transitar por las aceras ha de ser la impronta de este siglo.



Aprendiz de monje

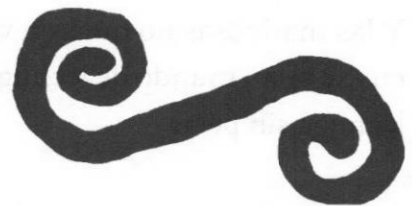
Oye una música que estaría mejor en el fondo de un estanque
y se pregunta por qué es necesario nacer para la nada
y si las formas de las nubes serán distintas al mirarlas desde
Kuala Lumpur.

Quiere decir que está solo en mitad de la noche y te bendice.

Tu corazón es un ventilador que hace volar las tiritas de
papel de su ilusión,
y piensa entonces en Eurídice y en el torpe Orfeo tocando
la dulzaina o el contrabajo.

*Habitas en esta noche, horno de mis deseos,
pues no has tenido miedo,
y no me me dejaste cuando los otros lo hicieron.*

Te besa en la frente y, como un cuidador de medianoche,
hace que la linterna recorra el rostro atónito de las cosas
para descubrir en ellas las huellas de tu presencia,
amigo querido que te das a la mar.



Lección básica de historia

Para Álvaro, mi hermano

Terso es el mundo, nefelibatas,
limpio y grande es el mundo,
cuando no tenemos en frente los cables de la luz.

El mundo es una lechuga sin pelar
y dando tumbos
en galáctico escarceo.

El mundo está triste,
tan triste como el dibujo del Topo Gigio en un basurero.

El montón de flores en la poceta las ha dejado el orante tras su malograda cita,
estarían mejor en la cabeza de Lucrecia,
y la verde tinta que se riega sobre ellas es la sangre de una estilográfica que las
acaricia quedo.

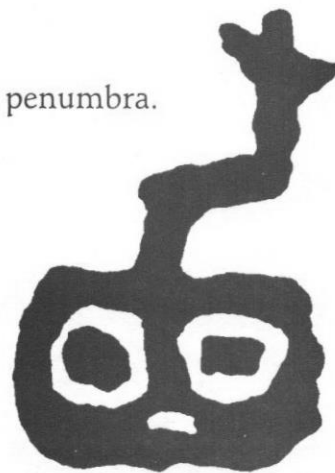
Mariposas clavadas por alfileres de plata, plata de Cuzco o Yarumal, decoran
las paredes del dormitorio junto al lavadero.
Y las mariposas no quieren volar, quieren quedarse a vivir con lo nefelibatas,
en ese terso mundo de lechuga,
lechuga sin pelar,

pateada lechuga frente a los cascos de los caballos que decidieran el día en el
Pantano de Vargas,
y que no oyó la voz de aquel chiquito con alma de escalario, gritando: “¡Coronel,
salve Usted la patria!”.

Esa lechuga, aquella que es un mundo, habrá asistido,
pateada por quedos pies,
a las lecciones de historia patria,
llenas de adjetivos y denuestos,
loas a los mártires
y recuerdos de saltos por ventanas.

Esa lechuga que es el mundo
se está quieta oyendo la
tarabilla de las cornucopias y los canales,
lechuga que es el mundo,
verde y dorada, quieta ya, dicha curva, hogar de simetría su penumbra.

Esa lechuga, aquella que es el mundo,
sueña con verse dibujada
en la esquina inferior izquierda
de un mapa de la península de Yucatán.



Y esa semilla que es el mundo
se calla, no porque no tenga nada que decir,
sino porque la aburre la prédica insulsa de su tiempo,
y esa semilla que es el mundo
no se cansa de mirar por la ventana
y de bañarse con el agua de la poceta,
la que corre,
y esa poceta que es ya el mundo
derrama agua para lavarnos de nuestros pecados
hasta el fin de los tiempos.

